

# Forja

Nº 15 Otoño-Invierno 2007

Boletín de la Asociación Mesa de Trabajo por los Navalmorales

Dirección: Germán Pinto Recuero.

Consejo de Redacción: Junta Directiva

Fotografías: Forja

## Sumario

Habla Forja

Escritos de  
sobremesa

Emilio

La fuenteelgato

El retablo

Tierra sagrada

Cosas de aquí



## HABLA FORJA

**D**iciembre es buen mes para el recuerdo. Sentarnos al calor de nuestras vivencias y recobrar aquellos momentos, lugares y personas que alguna vez fueron importantes en nuestras vidas. Tan importantes que nuestra existencia se ve reducida a ese escaso montón de situaciones por las que pasamos definitivamente alguna vez, de forma tan decisiva que nuestro presente no sería el mismo si hubieran sido otras las circunstancias vividas. Nuestra identidad, al fin y al cabo, es un reflejo de ellas, y nuestro presente y nuestro porvenir son una conclusión de nuestro pasado. Por ello es bueno que alguna vez nos demos una

vuelta por allí. Recobrar los lugares, las personas, los hechos y hasta los olores o sabores que un día fueron nuestros y que ahora llaman otra vez a nuestra puerta para decirnos lo que fuimos y recordarnos a qué debemos lo que somos.

Las personas desaparecen, los lugares cambian. El presente, inexorable, devora al pasado, y éste no es reconocible más que mediante un esfuerzo importante de la memoria que se materializa en palabras escritas, en imágenes grabadas, en edificios o monumentos construidos con afán de inmortalizar una idea o un hecho que tuvieron su momento trascendente en el existir individual o colectivo.

Eso es lo que hoy quiere hacer Forja en este número: dedicar unas palabras y unas imágenes a los que se han ido, pero han dejado su huella entre nosotros.

Y recordarlos.

Recordar a Emilio, quien con su esfuerzo y su sabiduría consiguió que muchas publicaciones de la Asociación alcanzaran el grado de dignidad suficiente para poder ver la luz. Traer a nuestras páginas a la humilde fuente del gato, que abandonó su rinconcillo entrañable después de vivificar muchas horas y aliviar muchos corazones quemados por la aridez de los veranos.

Calentar el territorio sagrado donde reposan nuestras gentes, las que hicieron nuestra historia y nuestro pueblo, las que nos hicieron a nosotros mismos.

Contemplar con los ojos del arte y de la técnica el retablo de la iglesia parroquial, que revitaliza las espiritualidades y dora las almas elevándolas por encima de las prosaicas realidades cotidianas.

Realidades de las que nos hacemos eco cuando miramos a nuestro alrededor y contemplamos el devenir de nuestro ayuntamiento, que conforma, paso a paso, la vida del pueblo.



Toledo - Puente de San Martín

## ESCRITOS DE SOBREMESA (DE TRABAJO)



Queridas niñas, queridos niños, querido público en general:

Me alegraré que al recibo de esta os encontréis bien. Por aquí bien, gracias a Dios y al Rey que nos protege de gorilas rojos y otros especímenes agresivos. Solo cuatro palabras para contaros las novedades acaecidas en nuestro pueblo y, en especial, en nuestro ayuntamiento desde que dejamos nuestro escaño y abandonamos la actividad política.

Como todos sabéis, el 5-1-5 arrojado por las urnas en las municipales configuró un once titular tan imprevisible como original. Ni las quinielas más audaces acertaron con una combinación en la que los candidatos del PSOE no daban crédito a sus buenos resultados, los de PP sudaban la gota gorda en el recuento y los independientes de NC despertaban a golpe de urna de un sueño cargado de ilusión, imaginación y trabajo. Pero el pueblo soberano habló (aunque a veces manejado por siniestras figuras que mendigan votos y rezuman odio) y entregó el mando a un equipo con muchas novedades. Y NC cumplió lo prometido: dejar gobernar a la lista más votada (¡Ojalá los políticos profesionales tomaran nota!...) a pesar de las muchas presiones recibidas de todas partes.

Y todo cambió. Y empezó a funcionar. Algo impensable en las últimas legislaturas, cargadas de insultos, soberbias, prepotencias, pasotismos y hasta

paraguazos, algo impensable, digo, comenzó a vislumbrarse tibiamente desde el primer momento: ¿Sería posible conformar el “triumvirato” reclamado por la Mesa en el último ruego de la legislatura anterior? De momento, hay concordia, diálogo y empeño en que las cosas se hagan con el mayor consenso posible. Sabemos, de buena tinta, que los asuntos más importantes se deciden de forma conjunta, que se viaja mucho más “a la Corte regional” para exigir el cumplimiento de los asuntos municipales que anidan en los cajones de la desidia burocrática del gobierno de turno, que se dan puñetazos de razón en las mesas de los responsables de tanto retraso y tanto olvido ¿intencionado?... Por ahora, bien, aunque hay mucho trabajo por hacer. Es necesario mirar más lejos, subir más alto y pisar más fuerte para crear las infraestructuras necesarias que demanda el siglo de las comunicaciones, de las energías renovables y del crecimiento equilibrado y sostenible. Hace casi cuatro años que la mesa presentó un proyecto para instalaciones de energía solar en terreno municipal absolutamente abordable y asequible, que fue rechazado con los pobres argumentos de quien no tiene nada sólido que argumentar, pero no quiere correr el más mínimo riesgo. A ver si ahora es posible.

Por lo demás, pasaron el Cristo y las Navidades, más o menos como siempre, villancico arriba ó abajo, y hemos abierto el melón (que “melón y casamiento han de ser acertamiento”) del bisiesto 2008 que nos traerá salud, trabajo, amor, paz y alegría, que es lo que os deseo a todos desde este pequeño rincón de Forja.

**P.D. Como veréis, he cambiado de nombre la sección, antes llamada “DESDE NUESTRO ESCAÑO”, ya que no tenemos escaño, por el de “ESCRITOS DE SOBREMESA”, porque tenemos escritos, sobres y mesa.**

Quiero animaros a escribir ó participar en nuestra revista enviando vuestras opiniones y sugerencias a [mesa@losnavalmorales.com](mailto:mesa@losnavalmorales.com).

Saludos cordiales.

**Antonio Martín del Río.**

## EMILIO GARCÍA MORALES

Nuestras vidas son como las hojas de los árboles que, cumplida su función, caen melancólicamente sobre el suelo que seguimos pisando para vivir.

A veces las vemos caer, casi sin dolor, porque su tiempo se ha cumplido fatal y previsiblemente: sea su momento, el momento de la caída de la hoja, decimos. Otras es un vendaval, un accidente, un cataclismo al cabo el que las arrebató y las deposita sobre el suelo que seguimos pisando para vivir.



No sé a quién se le ocurriría la imagen de compararnos con las hojas de los árboles que tanto nos rebaja, sobre todo cuando vivimos sin querer o poder acordarnos de esta última consecuencia, pero, sin poder explicarnos satisfactoriamente nuestra condición, sí nos ayuda o

*Nuestras vidas son como las hojas de los árboles que, cumplida su función, caen melancólicamente sobre el suelo que seguimos pisando para vivir*

nos recuerda lo efímeros que somos, lo humildes que deberíamos ser, lo misterioso de nuestro ciclo vital.

En este noviembre donde la ley se ha cumplido entre nosotros con una determinación tan rigurosa, en sus últimos días, me llega la noticia de la muerte de Emilio, súbita, como herido por el rayo, que decía el poeta.

Quiero recordar aquí su nombre limpio, un nombre, un hombre que me suena a dignidad, a sabiduría, a discreción, a solidaridad, a entrega, un nombre cuya memoria no quisiera que fuera ignorado por quienes nacimos y vivimos en este pueblo.

Emilio García Morales cumple honradamente esa frase, en cierto modo engañosa, de que fue un hombre que se hizo a sí mismo. Yo diría que supo hacerse a sí mismo a contra corriente, pese a tener en sus manos todos los boletos de esta feria para ser nadie.

Yo le conocí, en mis tiempos de estudiante, cuando hacíamos la revista *Espartal*, en aquellos tiempos de sobresaltos y de cambios y era él el que nos ayudaba a enmaquetar la revista.

Volví a encontrarme con él cuando vino a visitar la exposición que la Mesa de Trabajo montó en el Silo sobre la historia gráfica de nuestro pueblo en el siglo XX. Miles de caras y figuras de lo y los que habían hecho el siglo en este lugar y espacio que llamamos nuestro.

De aquel encuentro surgió la voluntad de un libro *Fuentes de la Memoria* que recogería aquel esfuerzo colectivo para que quedara como testigo para las generaciones futuras de lo que había sido aquel siglo que nos juntó y nos dividió y nos dispersó y que dejó en el fondo de nosotros ese poso común de hermandad en el que deberíamos reconocernos para saber cuáles eran nuestras raíces comunes.

Fueron muchas horas de trabajo y de entusiasmo en las que pusimos lo mejor de nuestras posibilidades. Muchos viajes, mucho material, muchas correcciones, muchas manos que empujaron para que aquel proyecto madurara como un fruto digno y limpio. Sin su sabiduría y destreza como hombre conocedor del medio no hubiéramos podido conseguirlo. Sin su dinero y su tiempo y sus conocimientos.

Partíamos de un principio: que nadie se levantara por encima de nadie, que no terminara siendo una historia de vencedores ni vencidos, ni un ajuste de cuentas, una historia de ricos y pobres, de listos y tontos, de guapos y feos, que todos quedáramos en esta pequeña y terrible y maravillosa historia con el mismo grado de dignidad. Él estaba curado de espanto y a mí me enseñó a nadar y guardar la ropa para llegar a buen puerto. Supimos conjugar lo humilde con lo altanero, la sencillez y la vanidad que rodea nuestra vida en una sintaxis que ahora se me antoja feliz, pero que tuvo sus más y sus menos.

Fue en aquella relación donde, amén de aprender sobre lo que no está escrito de libros y ediciones, descubrí su amor al pueblo, a una tierra que tuvo que abandonar para abrirse camino, conocí a un hombre generoso y valiente, discreto, poco atento a





los chismes y a los honores, que, pese a la lejanía, sabía quién era quién no sólo por las informaciones que le llegaban, sino por su natural instinto de mirar más allá de las caretas con las que la gente se viste, un hombre que tenía claro que

que nadie se levantara por encima de nadie, que no terminara siendo una historia de vencedores ni vencidos, ni un ajuste de cuentas, una historia de ricos y pobres, de listos y tontos, de guapos y feos

la vida no es una historia de buenos y malos y atento siempre a aprender o confirmar lo ya aprendido.

Después vinieron otros trabajos que hizo para nosotros con la misma generosidad y desenvoltura: el libro de la Iglesia de Ramón Lafuente, el que nos regaló Julio Muñoz sobre el pueblo en los años sesenta, El Cancionero y romancero escrito con tanto cuidado por María Victoria Navas, el mío sobre ese pueblo interior que todos llevamos dentro y los números de la revista **Forja** que trabajó con Arturo Fernández para la Mesa de Trabajo.

Si no participó en más de nuestros proyectos editoriales es porque la generosidad tiene unos límites que hubieran sido fácilmente salvados con unas ayudas que no llegaban de parte de quienes podían hacerlo y así me tocó enseñarle cosas que hacíamos con la mayor dignidad posible, pero muy lejanas de las que él hubiera hecho y que acogía con indulgencia –ese era mi miedo cuando se las presentaba- y con una enorme comprensión, pues la amistad y el mutuo respeto nos salvaba de falsas lisonjas.

Ya no vale lamentarse de lo que no hicimos y sí de este turbión que ha arrebatado su vida en un momento dulce de la misma, cuando estaba pensando *en* vivir más tranquilo después de tanto afán y que nos deja sobrecogidos a los que le conocimos y le admiramos y sabemos lo que su muerte se ha llevado.

Quiero, desde estas palabras, cantar esa hoja preciosa, arrancada con brusquedad del árbol de la vida, porque conocí su sombra y la belleza del espíritu con que supo mecerse, su consistencia heroica en tiempos difíciles y el dolor con que la hemos visto caer, efímera y frágil como era y como somos en el camino misterioso que nos ha tocado recorrer.

**Francisco del Puerto Almazán.**





Abandonada y solitaria como las viejas glorias

## LA FUENTEELGATO

La fuente era pequeña, como un niño travieso. Algo rechoncha y bajita. Más baja que cualquiera de los muchachos que lanzaban su chorro de agua contra una moza descuidada o contra el mocoso que, torpe y despistado, encaminaba sus sandalias hacia la tienda para comprar el tinto al mediodía.

Disputas alegres, chiquillos chorreando y algún que otro vecino cabreado acompañaban las noches de verano y calor, cuando la gente parloteaba al fresco en los batientes cercanos. Los tertulianos solían agradecer con falsas broncas el despilfarro y el remojón. El agua llovía carcajadas, reprimendas alegres y gestos tragi-cómicos. La víctima se vengaba tras un forcejeo en el que el perdedor huía mojado hasta las cachas. Luego se posesionaba del caño y lanzaba agua a troche y moche contra todo lo que se pusiera a su alcance. Con la palma de la mano dirigía el chorro de esquina a esquina, en abanico, a los que pretendían reconquistar la fuente. Había risas de muchachos, bromas de mayores, corrillos a las puertas de las casas. La velada terminaba fresca y relajada para dormir felices.



La fuente era algo más alta que todos los cachivaches, cántaros, botijos o cubos que formaban respetuosas hileras y escuchaban impasibles las noticias, chismes y cometarios que, a lo largo de la mañana, al mediodía y durante las horas largas de la siesta, discurrían de boca en boca y calmaban el ansia de novedades de las comadres del barrio. El caño, incansable, llenaba, uno tras otro, todos los cacharros con su agua. Agua gorda y caliente que se guardaba en los rincones más frescos de la casa. Cántaros y botijos de barro refrescando el verano desde las cantareras. Baldes y cubos de zinc templándose en el patio para el baño, junto a la parra de racimos negros, apretados y dulces, que maduraba el sol.

Siempre la vi allí. Acompañando el trajín de las madres, de las abuelas, de la muchachas..., casaderas o no. Observando el paso de los carros hacia las eras y los molinos de aceite, vigilando el caminar de las yuntas al laboreo. A la vuelta de las faenas del campo aliviaba el cansancio de las bestias en su abrevadero: un pilón redondo, rebotante de ovas, que se llenaba con el líquido sobrante, soterraño, junto a la carreta, donde termina el barrio de cantarranas.

En las madrugadas, cuando los labradores salían de casa al cantar el gallo, los oídos se llenaban con el borboteo de la fuente rompiendo el silencio de la amanecida, desperezando los sentidos, embotados de sueño. Despertaba cercana, al emerger el sol por encima de los tejados viejos, sobre la lejanía de las lomas y de los olivares arados. Su imagen gris-verdosa acompañaba el olor a establo de los corrales, se mezclaba con el de la paja y la leña, con el del humo que las chimeneas desparramaban por las calles. De noche se fundía en la oscuridad del barrio, atenuada débilmente por solitarias bombillas que colgaban apagados destellos en las esquinas.

No sé cuándo, ni cómo, cesó su chorro de agua. Su permanente chorro de agua, pausada y viva, brotando de unas fauces mitológicas que para las gentes no llegaban a ser más que el hocico de un gato, familiar y doméstico como el de los gatos que paseaban, vanidosos señoritos, los tejados del barrio. Tampoco sé cuándo dejaron de formarse los corros de mujeres, cántaros y risas a su alrededor. Posiblemente, cuando el progreso trajo el agua corriente a todas las casas, pudo ocurrir que la fuente se sintiera incapaz de adaptarse a las sutilezas e intimidades de los tiempos nuevos y cerrara definitivamente su caudal. Pero antes deshicieron la pileta de ladrillo y cemento que la rodeaba y soterraba su caudal hasta el abrevadero. Sustituyeron el empedrado de la calle por un firme liso, de piedra y hormigón, y dejaron que el tiempo y el abandono la destruyeran lenta y definitivamente.

Allí la he visto hasta hace poco, en el mismo sitio, como un recuerdo triste. Destartalada, humillada, vieja y seca. Sin voces de mujeres ni juegos de muchachos a su alrededor. Sin agua que justificara su presencia. Abandonada y solitaria como las viejas glorias que se olvidan.

Ahora encuentro, a unos pocos metros del lugar que entonces ocupó, una figura semejante. Una figura nueva, delicada. Vestida de un negro brillante que pretende sustituir a la arruinada imagen de la fuente del gato. Y me ha dado pena esta fuente que nunca tendrá agua. Monumento al desacierto. Pobre recuerdo desafortunado de aquella otra fuente, entrañable y familiar, en la que confluían los murmullos del barrio, los pasos, las voces y las miradas de Manuela, de Sebastián, de Pepa, de Germán, de Fausta y Petronila, de Teófila y María Juliana, de Isabel y de Esteban... De la que fluían los juegos infantiles, las hablillas y los comadreoos que animaban el paso de los gañanes, de los herreros y de los ganados.

Fuente nueva, fuente seca. Sin momentos, historias o personas que vivan junto a ella. Los que aquí vivían se marcharon con la vieja **fuateelgato** a ocupar su lugar en el pasado. Lugar perdido, de donde es difícil regresar cuando el pensamiento también se aleja de la figura de la fuente vieja que un día ocupó importantes espacios en el corazón del barrio.

**El buen amigo**

## EL RETABLO IV

(continuación)

### SANTIAGO



Estamos ante la imagen de Santiago el Mayor, el primer discípulo de Cristo y el primero martirizado de ellos en el año 42 por la persecución de Herodes Agripa; hermano de San Juan, su vida referente a su posible predicación en la península ibérica se envuelve en tradiciones contestadas desde el siglo X, pero en modo alguno demostradas fehacientemente a favor o en contra de esta realidad.

Como la tradición de su enterramiento en Compostela, envuelto también en las múltiples leyendas que le arrojan desde tiempos antiguos y que recoge como una auténtica novela caballeresca Santiago de la Vorágine.

De todo ello, de la piedad que despertó su figura y su sepulcro nace uno de los elementos configurativos de la primera Europa como el camino de Santiago, un eje que la articula social, política, cultural y religiosamente.

Esa transformación del Santiago discípulo de Cristo al Santiago de Compostela, el enriquecimiento de la historia con la leyenda configuran una identidad que, entre nosotros, tiene caracteres de una fuerte identidad y devoción y no sólo en el mundo cristiano, sino en el cultural e histórico, mezclando campos quizá fáciles de delimitar hoy, pero no a lo largo de lo que ha sido nuestra nación y la misma Europa.

La leyenda y la historia se mezclan en batallas como la de Clavijo (844), Simancas (939), Piedrahita (956) y, sobre todo, la de las Navas de Tolosa (1212), por no extender sus apariciones en la América conquistada, que va a configurar una de sus múltiples imágenes como la del Santiago de las batallas contra los musulmanes, con su espada y su estandarte, su caballo blanco contribuyendo,

con su resolutive y milagrosa intervención, a eliminar musulmanes enemigos y favoreciendo la reconquista de una tierra sagrada abandonada a la herejía. Esa representación es la que campeaba en el lugar del retablo que hoy ocupa Nuestra Señora de la Antigua, durante un tiempo, con una imagen que hoy conservan las comendadoras de Santiago en su monasterio.

El santo tendría tres posibles representaciones: la del Santiago Matamoros, el Santiago peregrino y el Santiago apóstol. El lugar, la devoción y el momento determinan la utilización de cada una de ellas, incluso su mezcla como ocurre en nuestro caso en la figura que comentamos, donde se unen el Santiago apóstol, con vestiduras de la época de Cristo y el libro en la mano, símbolo de la sabiduría divina, con el báculo, las calabazas y el sombrero de ala ancha, en este caso no doblado por delante, al no tenerlo puesto en la cabeza y los pies descalzos. Esta mezcla explica que le falte la capa y esclavina de peregrino, el zurrón, o por otro lado, la espada del martirio, que empuña en otras representaciones.

Las directrices del Concilio de Trento contribuyeron a ordenar, con cierto rigor histórico, la representación de estos santos venerados, pero sus instrucciones no calaron de golpe, lo que explica que todavía, a principios del XVII, que es la época en que tenemos que situar esta imagen, domine la mezcla.

Conviene aclarar, por último, que el báculo no es signo de peregrinaje a Compostela, sino fruto de uno de los milagros que se le atribuyen, el del mago Hermógenes, y los otros símbolos de peregrino, que nos hacen pensar en el camino a Compostela aluden más bien a su condición de caminante por toda la península predicando el evangelio de Cristo, pues la ciudad que lleva su nombre es sólo el lugar a donde llega su cuerpo, ya fallecido.

Es interesante señalar estos detalles para observar cómo esta amalgama de elementos históricos y legendarios sigue guardando una cierta razón lógica dentro de su aparente confusión.

Las condiciones del retablo hablan de la exigencia de incorporar a su ejecución esta figura, lo que nos habla de que no fue tallada para este retablo, sino que se guardaba en el monasterio. También se habla de incorporarle una nueva peana y arreglarle los brazos: "es condición que ha de servir el Santiago que tiene dicho convento enmendándole los brazos que es el defecto que tiene dicha escultura". Podemos especular si el "defecto" es una imperfección, un cambio que se deseaba en la iconografía de la imagen, pero es cierto que los entendidos hablan de alguna rareza en los hombros y unas manos que no están a la altura de la talla.

Nuestro Santiago se manifiesta como el Santiago peregrino, sosteniendo en la mano derecha el báculo con las calabazas y en la izquierda, a media altura, un libro con el que se añade su condición de apóstol en el que parece leer un texto sagrado: "*Qui conceptus est de Spiritu Sancto, natus ex María Virgine*", palabras del credo cristiano, que deben ser relacionadas con el niño que visualizamos en la pintura del ático y que sostiene San José, la palabra que se hace carne y que, por voluntad de Cristo quiere quedar entre nosotros como Eucaristía, otro de los focos capitales de este eje desde el que se despliega todo el retablo.

Nuestro Santiago se manifiesta como el Santiago peregrino, sosteniendo en la mano derecha el báculo con las calabazas y en la izquierda, a media altura, un libro con el que se añade su condición de apóstol en el que parece leer un texto sagrado: *“Qui conceptus est de Spiritu Sancto, natus ex María Virgine”*, palabras del credo cristiano, que deben ser relacionadas con el niño que visualizamos en la pintura del ático y que sostiene San José.

Las páginas del libro contienen, además, dos cruces y unos dibujos vegetales.

Digo que parece leer, porque, si nos acercáramos a la talla, nos daríamos cuenta de que se trata de un efecto óptico, de perspectiva. No mira al libro, tiene una mirada perdida en su interior, perdida en su pensamiento, serena en sus crecidas pupilas verdes, que desprende majestad y sosiego.

Nada tiene que ver el cabello ordenado y recogido, la barba partida y medianamente crecida, donde aún no han entrado los remolinos del último barroco con las otras tallas del retablo. Ni el movimiento del cuerpo, que, sin hieratismo, sólo apunta un ligero avance de la pierna derecha, como los pliegues de los vestidos, muy alejados de los revuelos y movimientos de los de San Agustín y San Fernando.

Hay un comentario de Alfonso Pérez Sánchez que quiere resumir esta evolución, esta distancia entre ambos tipos de tallas, aunque no se refiera a estas tallas en concreto: “el carácter de sobrio realismo y contenida expresión que predomina en la escultura de la primera mitad del XVII...cede el paso a... la gesticulación amplia, el revuelo de las telas flotantes, movidas por un viento

arrebatado... las expresiones intensas lo van invadiendo todo en un proceso de acumulación que culminará en la primera mitad del s. XVIII”.

Llama también la atención la aureola que les falta a las otras dos tallas. Además de ser una valiosa pieza trabajada de platero, un toledano conocido y reconocido de la primera parte del XVII, Alonso Sánchez, que deja en ella su sello, es otro elemento que nos ayuda a situar la talla casi cien años antes que el retablo. En 1625 y 1634 había dado Urbano VIII normas sobre la representación de imágenes sagradas, como, por ejemplo, que los santos llevaran aureola. Normas que, con el correr del tiempo, como vemos en nuestro retablo en las otras figuras, cayeron en desuso.

La talla, además de esta sobriedad, en el movimiento de los vestidos, está revestida de una túnica de color verde con estofados dorados de adornos vegetales finos y alargados, muy bien realizados y la sobretúnica que, recogida en el hombro derecho, dejando descubierto el pecho, el brazo izquierdo y las piernas, es de color anaranjado con dibujos más variados, geométricos y vegetales con fondo blanco en los rameados, enriquecido con cuentas y trazos

de color pardo y azulado y un ribeteado ancho con fondo dorado sobre el que se dibujan los mismos motivos ahora con colores rojos pálidos y blancos azulados.

Todo este trabajo sobre los vestidos da una sensación de mayor atención y riqueza que revaloriza mucho la talla. Esta policromía de los vestidos, según Antonio José Díaz, debe ser coetánea de la de las otras tallas, aunque ésta sea anterior y hay que destacar su mayor cuidado en el trabajo de su decoración que en las otras.

Cuenta, además, sobre los hombros y el pecho con una cinta negra que es el cordón del sombrero de peregrino que lleva a las espaldas de fondo negro con pintas claras. No respeta dicho sombrero el sentido del peso sino que parece un añadido de adorno, pero muy bien labrado y de aire realista como el de la figura, salvo este detalle de la ingravidez.

Unos agujeros, que la talla tiene sobre el pecho, indican que debió de contar ahí con un aditamento (una concha, la venera con la cruz santiaguista...) que no podemos fijar.

Estamos, sin duda, ante la mejor pieza del retablo por su belleza y acabamiento, por la expresión de su cara, tan serena, majestuosa y realista, alejada del teatralismo de las otras dos tallas y es una verdadera lástima que la espalda no pueda ser contemplada.

## SAN AGUSTÍN

La figura de San Agustín, que tenemos a nuestra izquierda en la calle lateral, aunque también es una talla de considerable valor, gana mucho más en el entorno del retablo, en su altura, porque todo el efectismo que el autor empeña en el movimiento de sus vestidos, verdadera agitación barroca, encendimiento y fiebre de la mirada que se eleva a las alturas como pidiendo inspiración y celo en lo que hace, la ligera inclinación de la cabeza hacia arriba y hacia la izquierda, formando un aspa con los brazos y el cuerpo es una actitud barroca de una gran intensidad y belleza que se multiplica por su contemplación desde el suelo y el entorno abundoso de agitación que le rodea y amplifica esta tensión.

San Agustín está en este retablo por ser el inspirador de la regla obedecida para su convivencia y perfección por las Religiosas Comendadoras, pero también es un santo de la iglesia universal, uno de los



más admirados y queridos, que trasciende esta mera justificación devocional de su inserción en el retablo, uno de los que la iconografía religiosa cristiana más ha repetido.

Nacido cerca de Cartago, en Tagaste, en el 354, tiene una vida, cuyo camino de perfección está traspasado de grandeza e intensidad tanto en su etapa de pecador como de converso; su ejemplo despierta admiración, pero también emoción; si fue grande en sabiduría y erudición para purificar una doctrina cristiana amenazada de herejías y tentaciones teológicas heterodoxas, con frecuencia los sentimientos, su inquieto corazón sobrepasan su agudeza intelectual en sus hechos y escritos. Escribe y enseña, impulsa la acción y la contemplación como métodos complementarios para llegar a Dios y todos los cargos y reconocimientos que le vienen en vida por su valía y ejemplo son aceptados contra su voluntad, pero con el celo y desmesura propios de quien se siente señalado por una voluntad superior en la que descansa y se alimenta.

Está considerado el más ilustre de los Padres de la Iglesia occidental. Es filósofo, teólogo, polemista, historiador, orador y exégeta y todas estas condiciones corren por sus escritos y por una vida pastoral de largos años de ejercicio como sacerdote y como obispo de Hipona durante treinta y seis años, muriendo cuando la ciudad estaba asediada por los vándalos en el 430.

Los atributos con los que se le representa en la imaginaria devocional son el libro y la pluma que lleva como escritor; en otras ocasiones sostiene, en las manos, una maqueta de iglesia en su calidad de fundador y otras lleva un corazón llameante en la mano como símbolo de su total entrega a Dios. Desde el siglo XVI, el corazón está traspasado por flechas y el barroco también ha utilizado el episodio de su encuentro con el niño Jesús en la playa para reflejar esta imagen, aunque también aparece en la imaginería en compañía de los otros padres de la Iglesia o en la de su madre, santa Mónica, personaje definitivo en su vida no sólo por razones biológicas, sino religiosas, pues a ella atribuye su conversión.

Hasta el siglo XVI se le representa joven y sin barba, pero desde entonces se le prefiere patriarcal, maduro y barbado, en camino contrario a lo que sucede con la representación de San José. Puede vestir indistintamente como obispo, como monje con hábito negro y un cinturón de cuero o con una mezcla de ambas indumentarias, con la capa pluvial normalmente por encima del hábito.

Está considerado el más ilustre de los Padres de la Iglesia occidental.

Es filósofo, teólogo, polemista, historiador, orador y exégeta y todas estas condiciones corren por sus escritos y por una vida pastoral de largos años de ejercicio como sacerdote y



En nuestro caso aparece revestido por el hábito negro de la orden, un sobrepelliz blanco, una estola y una riquísima capa pluvial de color rojo, de fondo verde y dibujos rameados dorados y lunares de fondo, mientras el reverso simula los brillos de la riquísima tela; en la espalda aparece, centrado entre motivos de ornamentación vegetal y floral de diferentes colores, un corazón dorado, llameante y traspasado por una flecha.

En la cabeza, rasurada con el cerquillo monacal, lleva la mitra obispal también dorada y con unos rombos labrados en relieve, cuyas puntas terminan en cuatro cuentas negras a ambos lados de la franja que parte la mitra y festonea sus terminaciones.

La cara está poblada de una abundosa y agitada barba; mueve hacia la izquierda y eleva la cabeza con el entrecejo arrugado y los ojos muy abiertos con expresión encendida y honda, como iluminado.

En la mano izquierda sostiene un libro, símbolo de la expresión iconográfica de la sabiduría, pero que bien podría ser uno de sus escritos donde dejó reflejadas las reglas de la vida monacal que intentaba impulsar.

La mano derecha, un poco más elevada, estaba en el momento de la restauración vacía, entrecerrada, con una oquedad que les llevó al restaurador o los responsables que bien podría asir un báculo obispal que le han colocado. En mi opinión con desacierto, porque no existe ningún documento ni fotografía en la que apoyarse para esta decisión y sobre todo por razones estéticas, porque su colocación en el retablo no es de frente, sino escorzada con lo que el báculo le aleja desde la contemplación de los fieles como una barrera –barra o barrote-, le cierra; más bien pienso en una pluma de ave –escribiendo la regla monacal- o el corazón que lleva en otras representaciones lo que podría favorecer la imagen dentro del retablo y lo que, presumiblemente, debió sostener en dicha mano.

En mi opinión es la imagen de más valor, después del Santiago, que ya aclaramos que era anterior al retablo, destacando el fervor de su expresión, el movimiento y agitación exagerada de la vestimenta y la traza en aspa que constituyen los brazos, la cabeza y el cuerpo, además del rico estofado y policromía de sus vestidos que hacen de la imagen una notable talla ejemplar de la imaginería barroca.

## **SAN FERNANDO**

También la imagen de San Fernando, que se encuentra en la calle derecha como foco central de la misma, necesita su contexto y colocación por encima de quien la contempla para multiplicar su valoración como obra de arte que es.

Fernando III, que, desde su muerte, consiguió, entre sus súbditos, fama de santo, no fue canonizado hasta el cuatro de febrero de 1671 por Clemente X, extendiéndose por todo su ancho reino muchos fastos por tal reconocimiento; entre tantos lugares está Toledo, que guardaba una relación especial con este rey: aquí nació su hijo y heredero, fue él el que en 1226 puso la primera piedra de su catedral, aunque es Sevilla donde está enterrado y donde terminó por fijar su residencia quien le tiene por patrono. Allí padeció aquella agonía y muerte tan ejemplares que consiguieron convertirle en un santo tan sevillano, donde su tumba fue objeto de peregrinación y devoción por enfermos y devotos desde el mismo siglo XIV, anticipando su culto de santidad.



Su inclusión en nuestro retablo no está sólo justificada por la proliferación de imágenes veneradas en todo el reino e incluso fuera de él, sino por la conexión de su ascendiente familiar con las monjas que imponen su colocación en nuestro retablo y que, al repasar, al menos esquemáticamente, su figura histórica, comprenderemos.

Fernando III nació en 1217, fruto de la unión entre el monarca leonés Alfonso IX y doña Berenguela de Castilla, hermana del rey Enrique I, que murió muy pronto y sin descendencia, dejando la corona a su hermana.

El matrimonio entre el rey leonés y doña Berenguela, del que había nacido Fernando, había sido anulado por el papa por razones de consanguinidad, pero declarando hijo legítimo a Fernando.

El rey leonés había tenido un matrimonio anterior con Teresa de Portugal del que habían nacido las infantas doña Sancha, doña Dulce y el infante don Fernando (no confundir con el santo) que murió con once años.

Cuando se produce la muerte de Enrique I de Castilla y pasa los derechos de sucesión a su hermana Berenguela, ésta cede el reino a su hijo Fernando, que es proclamado rey de Castilla en 1217 en Valladolid, pero Alfonso IX de León no acepta esta sucesión, creyendo que el reino vecino le pertenecía a él y sólo tras muchas muertes y escaramuzas y con la mediación del papa Inocencio III, padre e hijo logran firmar el pacto de Toro que deja el reino de Castilla en manos de Fernando, no sin algunas resistencias nobiliarias, que, en aquel momento, estaban perdiendo poder frente a la corona.

Cuando muere Alfonso IX de León, deja en testamento el trono a sus hijas doña Sancha y doña Dulce, aunque doña Berenguela se apresura a maniobrar para que este reino pase también a su hijo Fernando, lo que consigue a cambio de una cuantiosa suma, por lo que Fernando III se convierte en rey de Castilla y León en el año 1230, no sin resistencia, otra vez, de algún ala de la nobleza contraria a este pacto.

Cuando Fernando consigue solventar estas resistencias, que él atribuye a la mediación milagrosa de San Isidoro, al que profesará para siempre una encendida devoción, puede ya pensar en la empresa más importante de su reinado, que fue el avance definitivo de la reconquista frente a un enemigo muy dividido y debilitado desde la batalla de las Navas de Tolosa en 1212.

Ya antes de ser rey de León había cruzado Despeñaperros y penetrado en Andalucía conquistando Baeza y Andújar, pero, a partir de su entronamiento como rey de Castilla y León, se siente fuerte para conseguir un avance definitivo que convertiría su reino en una de las principales potencias europeas. Conquista Úbeda (1232), Córdoba (1236), Jaén (1246) y Sevilla (1248), estableciendo allí su residencia; luego conquista Jerez y Arcos y proyecta entrar en África, cuando le sorprende la muerte y agiganta su perfil de rey santo con su ejemplar y devota agonía y final en 1252.

No podemos acabar estos someros datos históricos sin aludir a un hecho familiar que tiene relación con este retablo.

Hablamos de sus hermanastras doña Sancha y doña Dulce con motivo de su sucesión en el trono de León. Alfonso IX había tenido posteriormente otros cuatro hijos con doña Teresa Gil de Soberosa, entre ellos una llamada doña Sancha que profesó como freila santiaguista en el monasterio de Santa Eufemia de Cozollos, llevando una vida y consiguiendo una muerte en olor de santidad, que produce la apertura de dicho expediente regulado por la iglesia para subir a los altares, pero cuando estaba siendo concluido, se para dicho proceso, aunque su cuerpo es y sigue siendo muy venerado por estas religiosas, que ven en ella el fruto de santidad a la que cualquier orden religiosa naturalmente aspira para sus componentes. Durante mucho tiempo las religiosas que encargaron nuestro retablo identificaron a Doña Sancha con la primera, hija de la reina de Portugal, incluso hoy algunos historiadores la confunden, pero aún siendo hija ilegítima del rey, no dejaba de ser hermana de San Fernando y de estirpe real.

Cuando se produce el traslado de las religiosas del monasterio de Santa Eufemia al de Santa Fe de Toledo, dichas comendadoras pretenden trasladar su cuerpo, hecho que no se produce hasta el 13 de marzo de 1615 por una bula papal.

Las monjas nunca desistieron de conseguir esta canonización y bien pudo plantearse la erección del nuevo retablo con el deseo de colocar en él a la nueva santa o beata, ya que en el XVIII se intentó de nuevo su canonización.

Se especula que su sitio sería el que hoy ocupa San Fernando, pero mi opinión, confieso que sin argumentos documentales, es que más bien su imagen iría en el centro del retablo en el lugar por el que pasó Santa Fe, como exigen las condiciones del retablo, que luego, si es que fue realizada, que no tenemos datos, fue sustituida por la imagen de Santiago matamoros y no en el lugar que hoy ocupa San Fernando.

Demasiada tentación para reunir, en el mismo cielo, santidad y poder con los lazos familiares que existían en este caso, poder real y poder espiritual por parte de la orden religiosa que manda realizar esta obra de arte y no llevarlo a

cabo. Una de las políticas reales del momento, y nuestras monjas por su origen estaban comprometidas en ello, es la exaltación de dicho santo que, en aquel momento, estaba llegando a muchos de los retablos y pinturas piadosas que se producían para las iglesias.

Estos razonamientos son los que nos llevan a pensar que no tenían por qué ser imágenes alternativas para nuestro retablo. Pero sin datos que puedan fijar tales especulaciones, no pasan de ser tales. Lo cierto es que hoy las comendadoras siguen guardando y venerando el cuerpo de doña Sancha como uno de sus tesoros más preciados.

Santa Fe fue una santa muy venerada en Francia, pero poco conocida y venerada en España, salvo casos contados como el de Isabel la católica de la que costa su devoción y que contaba con una ermita en el lugar toledano a donde vinieron a habitar nuestras monjas y esto podría justificar su inclusión en el retablo, pero aunque las condiciones del mismo imponen esta exigencia, no tenemos datos para afirmar que se realizó tal escultura, ya que la que aparece en la hornacina principal del retablo en una fotografía y que guardan hoy las monjas en el retablo de su convento, por sus dimensiones, estilo y fechación no parece una pieza propia del mismo. Ni el Santiago matamoros que estuvo allí colocado hasta que se desmontó el retablo. Si hubiera sido una condición decisiva, no se hubiera podido omitir, quizá se estaba a la espera de la canonización de doña Sancha. ¡Qué mejor ejemplo de devoción para las monjas que tener en el centro de ese cielo que mandaron levantar en su iglesia mayor a una santa de su propia regla, de su propio convento!

Lo más meritorio, desde un punto de vista artístico, de la talla es el riquísimo estofado de la capa.

Volvamos a San Fernando. Los atributos que la tradición devocional le atribuye son la corona y el cetro como rey y gobernador; la espada como símbolo de justicia y de su condición de conquistador; la esfera, que significa su poder de gobernante sobre el mundo; cuando está coronada por una cruz, explica que este poder está al servicio de la cristiandad. También puede portar las llaves, aludiendo a las ciudades que se le rindieron, o una estatuilla de la Virgen, por su devoción a la misma. Se le viste con la armadura de la época de la imagen y, con frecuencia, la capa de armiño, símbolo real también.

Su representación tanto por razones políticas como religiosas es muy numerosa, pero nosotros vamos a centrarnos en nuestra imagen.

Desde su elevación aparece majestuoso, arrogante, con la cabeza elevada y ligeramente inclinada a la izquierda; a nuestro nivel, sin embargo, descubriríamos cómo desaparece esa arrogancia y sus ojos no se elevan a las alturas como marcan los cánones que nos explican cómo los ojos elevados al cielo destacan su condición de santo sobre la de rey guerrero: juegos de la perspectiva que ya hemos comentado en otras imágenes, juegos contradictorios, porque, aunque, en su colocación cumple este canon, cuando

nos acercamos a su cara, a sus grandes ojos perdidos en algún sentimiento devoto, comunican una cierta carga de piedad justificativa de su santidad que, en las alturas, se pierde. Es todo lo que la imagen reviste de ese halo de santidad que la figura tiene, porque tanto sus ropas como los demás atributos tienen una carga significativa más mundana que religiosa.

Su mano derecha sostiene, a media altura, la espada, símbolo, como dijimos, de justicia y de su condición de conquistador.

La corona, muy parecida en su barroquismo a las otras dos que hay en el retablo, aunque está mucho más enjorada de falsa pedrería de variados colores en los arcos, le representa como rey y gobernante, aunque le falta el cetro, como símbolo de justicia; y la esfera, que significa su poder de gobernante sobre el mundo y que cuando está coronada por una cruz, decíamos, explica que este

Demasiada tentación para reunir, en el mismo cielo, santidad y poder con los lazos familiares que existían en este caso, poder real y poder espiritual por parte de la orden religiosa que manda realizar esta obra de arte y no llevarlo a cabo.

poder está al servicio de la cristiandad. La bola que remata, en su altura, la corona, podría ser esta esfera, que, por cierto está coronada por una cruz. También las otras dos coronas reales cuentan con esta esfera y

la que corona el escudo de las armas reales tiene en su altura reconocible esta cruz.

Puede llevar también, como comentábamos, unas llaves, que, en este caso, no porta, como tampoco la estatuilla de la Virgen con la que aparece en otras representaciones. Lo curioso de estas ausencias es que la mano izquierda no la emplea, en nuestro caso, para sostener alguno de estos atributos, sino para recogerse, a media altura, la maravillosa capa de armiño, también atributo real, en una actitud que nos atreveríamos a calificar de chocante, como si fuera a iniciar, perdónesenos la inocente irreverencia, un paso de baile o, al menos un movimiento reverencial; nos parece advertir un aire cortesano o paganizante en el movimiento del cuerpo de la figura.

Está vestido, además, debajo de la capa con la armadura propia de la época del retablo, no de la época que le tocó vivir y propia, claro es, de los caballeros principales, nada menos que el rey, que estamos acostumbrados a ver en las representaciones barrocas de estos personajes en la pintura o escultura barrocas.

Lo más meritorio, desde un punto de vista artístico, de la talla es el riquísimo estofado de la capa tanto por la cara como por el forro de la misma y los dibujos y filigranas de la armadura, su colorido variado y magníficamente conjugado con los dorados, el aire de la capa que recoge con su mano

izquierda, la proporción armoniosa de las extremidades, tan explícitas por lo ceñido de la armadura, no tanto de la parte superior del tronco que parece más bien enteco, aunque disimulado con la capa. También podríamos señalar esa construcción en aspa entre la cabeza, los brazos y el cuerpo que ya habíamos señalado en San Agustín, algún apunte de ingravidez en el manto, aunque aquí estos detalles aparecen menos forzados o exagerados, signo inequívoco de que estamos ante una imagen barroca.

**Francisco del Puerto Almazán**



## TIERRA SAGRADA

Desde el campanario de la iglesia parroquial se ven sus muros y sus cipreses. Por encima de ellos, como por encima de todas las tapias de este pueblo, sobresale, esbelta y herreriana, la silueta de la torre. Desde ella se marcan los momentos importantes de cada vida: el bautizo, la boda, el entierro... El sonido de las campanadas suele ser alegre y solemne. En los entierros no. En los entierros las campanas suenan lentas y graves, con tristeza de despedida. Ignorando que, en unos momentos, el tañido alegre del campanillo repicará en la espadaña del camposanto para recibir a quien abandona el presente y está llegando al pasado. A la memoria guardada entre los muros de este territorio sagrado.

La carretera pasa junto él. La carretera me trae desde las últimas casas del pueblo hasta el cementerio, y un pasillo ancho, flanqueado de cipreses, me acompaña hasta su entrada. La carretera es el cordón umbilical de estos dos mundos en que se divide el pueblo para distinguir las dos clases de existencias que lo dan vida (pasado y presente, difuntos y vivos).

Hoy no he querido pararme en su capilla. Desde el pórtico, que sirve de preámbulo, miro a mi derecha y a mi izquierda las dos paredes que nacen allí mismo, junto a los recios arcos de ladrillo. Arcos de medio punto. A través de ellos se pueden ver los patios llenos de cruces, esculturas de bronce, de granito y de mármol en la cabecera de los sepulcros (sepulcros nuevos para tiempos nuevos).



También desde allí las veo. Frente a ellos. A la sombra de un muro, llagado con la sabiduría de tradiciones antiguas. Allí están, como siempre. Tal y como las tengo en mis recuerdos: diminutas y arrinconadas entre las hierbas secas y las hojas, agudas como puñales, de los lirios sin flor.

Miro los restos de algunas lápidas hundidas, sus letras desencajadas, su cerámica azul y blanca aviejada por los años. Sepulturas de muertos viejos, de los más viejos y queridos del camposanto en el que dejaron su niñez hace ya ¡tantas vidas...! Pequeñas sepulturas a las que el tiempo nuevo apenas ha llegado. Restos de otras épocas en las que la muerte se cebaba con saña en los más niños. La vida les cortó el vuelo cuando apenas iniciaban su aleteo feliz. Y ha sido la muerte, junto a estas tapias revocadas de años, quien les ha regalado la vivencia del tiempo. Ellos están entre los muertos más viejos, los más veteranos y experimentados, los que más cosas saben del más allá en este corralón inmenso, lleno de eternidad, en que conviven sus reliquias.

De vez en cuando, un día cualquiera de cualquier año lejano, iban llegando aquí. Llenaban su pequeña fosa con el ataúd blanco en el que yacían rotas todas las utopías puestas en una diminuta criatura destinada al silencio. Mientras tocaban a gloria por su inocencia, los ojos veteranos del sacristán acariciaban pesarosos la mortaja y miraban el revoloteo nervioso de las palomas, arrancado del campanario. Como si quisieran indicar el camino, las aves dirigían su vuelo hacia las copas de los cipreses del cementerio. A él iba a parar el cortejo, los sueños impolutos de las blancas criaturas. Y allí las he visto, como siempre, pequeñas sepulturas, ninguneadas al lado de una tapia solitaria, tras el pasillo en que comienza el sagrado recinto a consagrarse a los muertos adultos.



Esos muertos-niños, que no llegaron a conocer el empuje de la juventud, la sensatez de la madurez, o la decrepitud de la vejez, tampoco han conocido los nuevos tiempos. Tiempos que han pasado junto a ellos, ignorando su presencia pequeña y su humildad al lado de unas tumbas remozadas que antaño eran simples túmulos recubiertos con baldosas y ladrillos de barro. Una cruz sencilla de hierro, con sendas iniciales en sus brazos, daba fe de la persona que yacía debajo.



Sobre las pequeñas losas desgastadas he encontrado apellidos con los que he jugado desde que estábamos en la escuela de párvulos y que después han ocupado importantes estancias en mi vida. Apellidos sin nombre para mí, pero queridos por el significado de su presencia en este pueblo.

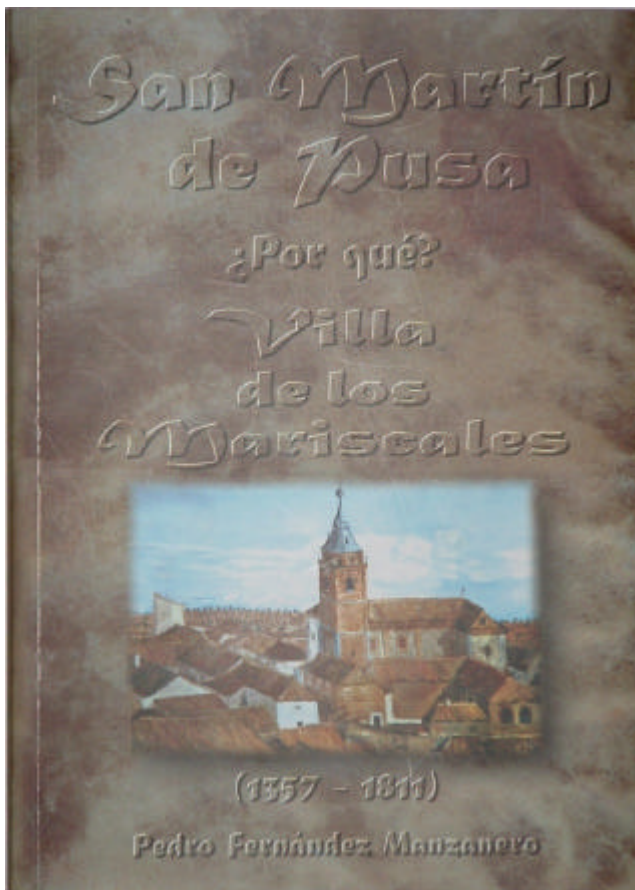
Hay otros apellidos, con nombres conocidos, que ahora descansan bajo cualquiera de las otras losas de mármol o granito que lucen sus bronces en los patios de este camposanto. Son los mismos nombres y apellidos que han discurrido a mi lado en perfecto estado de actividad vital, influyendo en tantas circunstancias de mi existencia.

En este camposanto me encuentro, esta mañana de noviembre pálido, con las gentes y con las historias que han llenado las casas y las calles del pueblo. Quizás es por esto razón por lo que he llegado a sentir una extraña ternura. Una melancolía honda y pegajosa por todo lo que significa esa tierra sagrada en la que es fácil entregarse al recuerdo, percibir que, entre los vivos y los muertos, sólo existe una barrera sutil. Que tal vez la muerte no sea más que una ilusión para que los difuntos se sientan un poco superiores por haber alcanzado un estado especial y definitivo. O para que los vivos puedan plantearse la situación a la que se llega cuando un día las campanadas de la iglesia recuerdan a las gentes nuestro nombre, colocado con nuestros apellidos sobre la cubierta de una sepultura que nos está esperando en cualquier rincón de alguno de estos patios.

De ellos siento nacer una sensación desconocida. Es como si sus paredes, sus cipreses o sus losas me devolvieran, en oleadas tibias, el cariño guardado por los que aquí están. Es un sentimiento que, a juzgar por el número de visitantes, debo compartir con otras muchas personas, asiduas a esta tierra sagrada. Tal vez por esto ahora no rehuyo acercarme a un lugar que antes me causaba temor. Un miedo que vencía con el olvido y que ahora se convierte en afecto cada vez que percibo el repique de su silencio.

**Germán Pinto**

## COSAS DE AQUI



Hoy nos toca hablar de libros. Como otras veces hemos hecho, aunque en distintos espacios y por distintos motivos. El libro que traemos a nuestras páginas también guarda relación con nosotros, con nuestra tierra y con nuestra historia. El autor, *Pedro Fernández Manzanero*, de sobra conocido en Los Navalmorales y, sobre todo, en San Martín de Pusa - donde nació y vive desde abril de 1934 - trata de contestar en sus páginas a la pregunta que constituye el título: ***San Martín de Pusa ¿Por qué? Villa de los Mariscales (1357-1811)***. Para ello, de manera amena, asequible para cualquiera y apasionante para los que conocemos y vivimos estas tierras, descubre personajes, anécdotas y hechos históricos,

extraídos de su propia biblioteca, que pone al alcance de los lectores.

El señorío de Valdepusa desfila de nuevo ante nosotros con una visión nueva, no exenta de rigor científico, pero cercana al vivir y sentir de las gentes que han conformando, y aún conforman, lo que fue este territorio castellano.

AMN